

El Canto *de las* **Alondras**

JUANA AURORA MAYORAL



Sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright, queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático. Podrán emplearse citas literales siempre que se mencione su procedencia.



Ilustración

Oscar Herranz



Diseño

Alfonso Méndez Publicidad

Maquetación

Covadonga del Rosal

Fotomecánica

S.G.I.

Impresión

Brosmac, S.L.

Depósito Legal:

ISBN: 84-95280-36-1

© Juana Aurora Mayoral

© de la edición en castellano

DYLAR Ediciones

Tel.: 902 44 44 13

e-mail: dylar@dylar.es



El Canto *de las* **A***londras*

JUANA AURORA MAYORAL

 **DYLAR**
ediciones

Juana Aurora Mayoral



¿Conoces a la autora?

Juana Aurora Mayoral Gallardo nació en Villanueva de la Serena, un pueblo extremeño de la provincia de Badajoz. Actualmente vive en Madrid.

Cursó estudios de Magisterio y de Psicología, y durante varios años se dedicó a la enseñanza.

Sin embargo ha centrado su vida profesional en su faceta literaria.

Desde pequeña sintió una gran pasión por los libros... y eso la llevó a convertirse en escritora.

Ha publicado libros de muy distintos géneros: de historia, de misterio, de ciencia-ficción, biográficos... También ha escrito guías sobre museos para jóvenes.

¡Ah! y en 1990 fue Lista de Honor de la CCEI.

Rellena tu ficha



La autora de *La casa de las alondras* se llama

..... y es de una localidad de la provincia de

Antes de dedicarse a la literatura, trabajó durante años en el campo de la

Confiesa que desde..... siente por los libros.

Ha escrito obras en distintos géneros, por ejemplo

.....

..... y fue premiada por la CCEI en el año

Capítulo



—¿Sabes, Inés?, es lo mejor que hemos podido hacer; creemos que te va a gustar muchísimo. Tu hermano Nicolás y tu primo David hacen las «gracias» que acostumbran cuando los están grabando, pero tienen la misma voz. ¿Te has dado cuenta alguna vez? Sí..., ya sé... El día que cumpliste once años, y grabamos en video tu fiesta, no querías verlo; decías que tenías voz de tonta, ¡voz de tonta! Tienes la voz más linda y más cantarina que he conocido nunca. Sí, pasa eso, pero sólo la misma persona que se oye su voz la nota distinta; a mí me ocurre lo mismo. Y he pensado varias veces: en realidad, ¿cuál es nuestra verdadera voz? ¿La que nos oímos nosotros o la

que oyen los demás? No importa. El caso es que tu hermano habla y en su manera de expresarse: tu primo, igual. Tienen en brazos a «Sócrates», el gato, claro. Mira que haberle puesto ese nombrecito... Nicolás y David hacen sus tontaditas, no saben qué decir en realidad. Después entra tu padre, hace la introducción de la fecha en que se ha grabado. Fue anteayer. Aunque intenta que todo salga natural, se le nota que está enfadado al ver que los dos primos no se mueven con naturalidad, ¡ni que tuvieran que ser dos actores consumados! Verás, verás cómo se le nota cuando habla con ellos...

Se dirigió hacia la televisión y conectó el video. Después introdujo la cinta.

Al principio sonó una música clásica, la que más le gustaba a Inés, «La sinfonía de los juguetes», y después comenzó a hablar una voz suave.

«Estamos a 27 de agosto. Vamos a grabar unas escenas en el jardín de la casa. Nicolás y David, los dos primos,

van a hablar un momento. Tal vez Nicolás recite el último poema que le han enseñado en el colegio; pero no lo puedo asegurar. David, como siempre, lo imitará...»

Nicolás salió de una puerta. Miraba hacia la cámara con una sonrisa de complicidad; después muy serio, con las dos manos unidas a la espalda.

—Hola, Inés. Ven, David. Tú también tienes que hablar. Ven, no seas tonto. Tráeme a «Sócrates». Es una película, ven, ven.

David apareció a su lado, empujado por unos brazos enérgicos. Miró también a la cámara.

—Le da vergüenza —aclaró Nicolás—. Ven que no pasa nada. ¿Quieres que recitemos el poema?

—No, yo no quiero recitar nada, me quiero ir a jugar.

—¡Nada de irse a jugar! —el padre de Inés apareció en escena— Tenéis que hablar con ella. Venid, uníos a mí, vamos a decirle algo.

—¡Hola, Inés!

—¡Hola, Inés!

—¡Hola, hija! Estamos en el jardín, hace un día encantador, como los que a ti te gustan. Hoy ha llovido un poquito y las flores están preciosas con las gotas de agua encima de los pétalos. Mira, cuando preparemos esta película, la haremos coincidir con la música de la primavera de las «Cuatro estaciones» de Vivaldi. Es ese disco que te regalamos el día de tu cumpleaños. Hoy hace exactamente ocho días... ¿Ves?, voy a hacer como si se oyera ya... ¿Lo oyes, Inés? ¿Lo oyes? Tú adoras esa música...

—Y la «Sinfonía de los juguetes» —Interrumpió Nicolás.

—Y la «Sinfonía de los juguetes» —repitió David.

—Y otras muchas —le cortó su padre—. ¿Te acuerdas, Inés? Pero que no se te olvide, ¡no puedes olvidarlo!, por favor, hija, hoy estamos a cuatro de septiembre. Cuatro..., cu-a-tro-de-sep-

tiem-bre –repitió por separado las sílabas para darle mayor énfasis—. Y el día que salimos de viaje era el día veintidós de agosto, ¿entiendes? Y estamos aquí Nicolás... y José Javier.

—Con «Sócrates» –volvió a interrumpir su hermano.

Foncho, su padre lo miró con disgusto.

—... tu primo David y yo. Mamá y los hermanos mayores están a mi lado. Ahora los oirás. Venid, acercaos.

—Hola, Inés, estamos aquí todos. –Teresa, su madre, sintió que la voz se le quebraba y dejó de hablar.

Después los mellizos a dúo:

—¡Hola, hermanita! Te queremos, Inés.

—Yo quiero irme a jugar... Te queremos, Inés.

La música seguía una y otra vez repitiendo el mismo movimiento. Al fondo, toda la familia sonreía a la cámara...

De pronto, un estallido gozoso inundó la habitación, un estallido de cantos

de alondras... Casi se podía tocar sus alas que batían jubilosas en aquellos trinos nupciales; el sonido se hacía de pronto casi imperceptible, en el alejamiento de los pájaros hacia el infinito. Después volvían revoloteando, caprichosas, sin llegar a tocar las alas de sus compañeras, pero unidas unas a otras formando efímeras figuras bajo el cielo.

Volvían y se marchaban.

Parecía que sus cuerpecillos tocaran el sol y se diluyeran bajo la atmósfera tenue del atardecer.

Después, poco a poco, sus cantos se perdieron en la nada».

Tía Carol paró la cinta y miró a Inés. La palidez de su cara la acongojó. Después se acercó a ella y besó sus ojos.

—¿Te ha gustado, Inés? A papá se le ha ocurrido ampliar las escenas. Y a mí, que agregue el canto de las alondras que grabasteis en el bosque. Te gustaban mucho, ¿verdad?

Miró hacia la niña.

—Cuando pequeñita adorabas verlas añadir hierbas para formar su nido. Después llorabas cuando, en grandes bandadas, las veías emigrar..., ¿recuerdas?... Y te enfadabas cuando se desplazaban de noche, ya en otoño. Y les pedías, a grandes voces, que viajaran de día como otras veces. Sabías distinguir desde entonces a las calandrias y las totovías de las alondras. Y nos llamaba la atención a todos cómo esperabas la primavera para verlas aparecer de nuevo después de sus largos viajes.

¿Recuerdas lo que dijiste un día a papá?: «Yo quisiera ser alondra». «¿Por qué?» «Porque vuelan muy alto, cantan muy bien..., viajan mucho..., ¡y no tienen que estudiar!» Papá puso cara de enfado; pero tuvo que darse la vuelta para que no le vieras reírse.

¿Recuerdas la edad que tenías? ¡Seis años! ¡Seis años, Inés! Eras ya una niña adorable... Desde entonces, que yo recuerde, has intentado conocer hasta el

fondo todas las cosas. Yo creo, aunque tus padres me miran con ironía cuando lo digo, que te ha ayudado siempre esa gran imaginación que tienes... Inés..., Inés... Tienes que comprender, cariño. ¡Tienes que comprender...!

Y su voz se rompió, quebrada por la emoción.

Entonces recordó a Inés como era antes: alegre, comunicativa, dulce... Por eso se sentía presa de aquella pena al verla allí, encima de la cama de un hospital, en estado de coma; tan frágil como una muñeca rota a sus once años. Y sin ninguna esperanza de que pudiera volver en sí.

Los médicos no les habían dado ninguna esperanza. El caso es que, ni ellos mismos, podían explicarse lo sucedido.

—Es algo que ocurre sin que sepamos qué mecanismos desencadenan el hecho —les había dicho el doctor que la atendía—. Tampoco sabemos cuánto durará. No quiero mantenerles engañados. Puede «despertar» mañana o pueden pasar años. La Ciencia no tie-

ne aún la respuesta. Lo que sabemos es que, de pronto, un buen día abren los ojos y se reintegran a su vida normal. Lo siento.

«Un buen día...». Aquello les había dejado perplejos. Tenían que reaccionar de alguna manera ante aquel problema: recordar cómo era; hablarle de su vida; leerle libros; permanecer unidos y que ella lo supiera. No era tarea fácil. Inés era..., Inés.

Tía Carol cerró los ojos y se la imaginó en un día cualquiera; todos estaban llenos de «aventuras», como ella las calificaba, de una chica de su edad. Inés se las contaba a ella, «Tú me comprendes», le decía...

* * *

¿Hasta cuándo la tendrían allí?

Inés comenzaba a desesperarse. Total, parecía que se había hundido el mundo, ¡y por nada! Bueno, reconocía que «por nada» no era; simplemente que no era para tanto.

Se miró al espejo de la salita y el espejo le devolvió su imagen; una nueva imagen que era la misma estampa del aburrimiento. Llevaba sentada, mirando hacia él, dos horas y quince minutos exactamente, si su reloj no mentía. Su padre, Foncho, había dicho: «Te vas a quedar ahí toda la tarde, a ver si escarmientas de una vez». De acuerdo, todo el mundo en contra de ella. Y todo el mundo era para Inés «todo el mundo» que verdaderamente le importaba, sus padres y sus tres hermanos: Atila, Alfonso y Marta. Y Atila la quería mucho, era un verdadero amigo para ella, el que siempre le echaba una mano cuando le necesitaba; y la sacaba de cualquier apuro sin pedirle nada a cambio. ¡Queridísimo Atila!

Repasó mentalmente el caso de aquel día; sólo de aquel día, porque eran tantos sus desaciertos, le decía su madre, que mejor los dejaba dormir en el «baúl misterioso».

Todo empezó cuando Foncho, su pa-

dre, irrumpió en el salón con dos trofeos en la mano, con aire triunfal.

—¡Teresa, nena!: ¡las conseguí! He tenido que estar más de dos horas en la puerta del teatro, ¡pero las conseguí!

Eran unas entradas por las que su madre había estado lloriqueando desde que se enteró del acto; la única oportunidad de ver danzar a aquel bailarín ruso, ¿cómo se llamaba?, que se retiraría después de ese recital.

—Lo siento, Foncho, no podemos ir. Tengo cita con la tutora de Inés, esta tarde a las cinco.

La obra de teatro empezaba «justamente» a aquella hora. Foncho la miró, desalentado.

—Pero...

—Imposible, de veras. Hay un caso en el colegio verdaderamente «espectacular», del que quiero estar puntualmente enterada. Fíjate que me ha dicho Inés que una niña tiene pediculosis.

—¿Cómo? —inquirió Foncho, que nunca había oído aquella palabra.

—Sí, hombre... pediculosis... «Bichitos» en la cabeza. Pero debe de ser tan grave que le caen por las trenzas y se le llena el vestido. ¡Qué horror! Si no ponen remedio saca a Inés del colegio, ¡YA! Eso no se puede consentir.

Foncho se asustó mucho.

—Pero, ¿es que no se lo han notado en su casa?

—No sólo en su casa—replicó Teresa, desalentada—. Es que ¡ni en el mismo colegio! Inés es compañera suya, está sentada al lado, y «eso» da unos saltos hasta de ocho metros. No, no puedo faltar a esa cita. Y no puedo cambiarla; la tutora tiene todas las horas concertadas ya con otros padres. A lo mejor va a hablarles del mismo caso, quién sabe...

—¿Y por qué no has contactado con ella por teléfono?

—¡Foncho, por Dios! No son cosas para tratarlas por teléfono. Son demasiado delicadas. Además, quiero ver la cara de la tutora; a mí se me caería al suelo de vergüenza si me tuvieran

que llamar la atención por algo parecido, ¿no crees?

Foncho se quedó muy triste, sabía la ilusión que aquel bailarín había despertado en Teresa; pero su mujer era capaz de renunciar a todo cuando sus hijos la necesitaban. Y la veía resignada, aunque sabía que por dentro estaba sufriendo por aquel contratiempo.

Inés estaba orgullosa de su madre. Se prometió a sí misma que ahorraría y le daría una sorpresa: compraría dos entradas para el ballet. Aunque no fuera, no podría ser, para ver a aquel bailarín. ¿Cómo se llamaría?

A las cinco en punto, Teresa hablaba con la tutora.

A las cinco y media salía del despacho.

A las cinco treinta y cinco, se metía en el coche, donde la esperaban Foncho e Inés. Iba muda como una estatua.

A las seis llegaban a la casa.

A las seis y diez, mil huracanes furiosos pasaban juntos por el salón.

—¡Como siempre, Inés, como siempre!
Algo no iba bien. ¿Sería la conversación con la tutora? No, no podía ser aquello. Inés estaba segura, ella lo había visto, que sí, que había visto cómo a Laura le caían aquellos bichitos: uno, cincuenta... diez mil. Muchas veces, al sacudirse el vestido con las manos, alguno le había caído a ella encima.

—¿Bichitos, Inés?

—Bichitos, mamá.

—¿¡Bichitos!?! Inés, por Dios y por la Virgen... Lo que tiene esa niña, lo que le ves en las trenzas... —la indignación no le dejaba hablar—, por lo que se le llena el vestido..., lo que tiene esa niña es ¡CASPA!

Y «caspa» le salió de la boca a borbotones, como se escapa la lava de un volcán cuando revienta impetuoso...

«Pues sigo opinando que no es para tanto».

Pero ya está; y, por aquella tontería, un montón de horas con la mirada clavada en el espejo. Claro que compren-

día que sus padres no irían ya al teatro. Y ella no podía decirles, en aquellas circunstancias, que les compensaría con otras entradas.

Unos golpes en la puerta la hicieron volverse con sobresalto. Ya la iban a perdonar, seguro. Abrió despacio, en el dintel estaba Atila.

-¿Qué pasa?

Atila la miró, compasivo.

—¿Cómo estás?

—Muy mal, malísimamente. No me gusta nada la actitud de papá.

—Esta vez se ha enfadado mucho. Ten.

En su mano mostraba un bollo; el calor había hecho que se derritiera el chocolate y tenía manchas de crema por todas partes.

—¿Qué es eso?

—Hemos merendado ya. No te he podido subir el vaso de leche; se me hubiera caído por las escaleras.

—Atila, ¿has oído hablar algo a papá y a mamá?

—Sí, pero no he entendido la mitad de lo que decían.

—Pasa, pasa. Dime, ¿qué era?

—Pues que vivías todavía en un mundo de fantasía, que ojalá salieras de él, que vas a cumplir once años; y que aún no has madurado.

—¡Ni que fuera una manzana!

—¿Tú lo entiendes? —preguntó su hermano.

—Sí, creo que sí —contestó Inés.

—¿Qué significa?

—Pues que soy aún, según ellos, una niña pequeña, llena de fantasías.

—¿Con diez años? Eres ya muy mayor...

—Claro, como tú tienes cinco.

—Voy a cumplir seis.

—Naturalmente; pero dentro de un año. ¿No cumpliste ayer los cinco?

—Pero voy a cumplir seis —seguía Atila, machacón.

—No seas pesado.

—Es que voy a cumplir...

—¡Nicolás!

Los dos hermanos se quedaron mudos. Teresa, su madre, aparecía detrás de Atila terriblemente enfadada.

—Nicolás, te he dicho que Inés está castigada.

—Pero no ha merendado —dijo con tristeza mientras la miraba—. Yo le su-bía algo...

—Mamá, Atila tiene razón.

—¡No le llames más Atila, su nombre es Nicolás!

—Pero me gusta más como me llama Inés.

—Por supuesto, porque sois uña y carne. Pero no tiene derecho a llamarte así: te vas a quedar con ese nombre para toda la vida.

—Pues en el colegio también me lo llaman.

—¿Cómo? —la cara de su madre era de asombro—. ¿Quién te llama así y por qué?

—Mis amigos. Porque vosotros siempre decís que me porto como un Atila... ¿no? Pues ellos os han oído. Y me lo puso Inés porque dice que Atila era un «mayor» muy importante, ¿verdad, Inés? Y a mis amigos les gusta más. Y son mis amigos... Y yo a un amigo mío, a Luis, le llamo Pegote, y a su hermano, Trasto.

—¡Vete a jugar, por favor!

—¿Es que estorbo? —Contestó con cara de inocente.

—¡Sí! —gritó Teresa—. Digo, no. Es que tengo que hablar con tu hermana.

—¿Le puedo dejar a Inés este dulce?

Teresa miró con repugnancia el amasijo que Atila tenía en las manos.

—¡Por supuesto que no! Vete de aquí; yo le subiré a Inés la merienda.

Atila miraba de una manera tan compungida a su madre, que accedió.

—Ya subía yo para que pudiera bajar. Pero me tienes que prometer, ¡ahora mismo!, que serás más formal de aquí en adelante.

—Es que no puede madurar tan rápidamente como las manzanas.

Teresa miró sorprendida a su hijo. ¿Era él quien había hecho la observación? Atila bajaba las escaleras llenando la barandilla del pegajoso emplasto que llevaba aún entre las manos.

—Inés...

—Sí, mamá. No me lo repitas más; yo no tengo la culpa de confundir las cosas. Me parecen así.

—Pon más atención, porque es una detrás de la otra. Me has avergonzado delante de la tutora. Y papá y yo estamos dispuestos a hacerte comprender que debes ser más responsable.

Inés asintió; aunque no estaba muy segura de lo que su madre quería decir con aquello de ser «más responsable».

Bajaron juntas al salón. Le dolían las piernas de estar tanto rato sentada sin

movearse; por eso comenzó a dar saltos al lado de Teresa.

Pero esta vez no le regañó.

Debía de entender lo que pasaba.

